

MÉXICO

UNA NUEVA PROPUESTA DEMOCRÁTICA

Marcela Lagarde

Una posibilidad se abre paso en esta hora y consiste en crear una cultura política democrática que abarque no sólo el régimen político sino la relación entre el Estado y la sociedad, y la conformación posmoderna de las ciudadanas y ciudadanos cuyas relaciones sean de respeto y reconocimiento mutuo, de compartición equitativa de los espacios, de aceptación de la diversidad y del desacuerdo.

Requerimos conformarnos como una ciudadanía con alfabeto, con palabra, con imaginación hecha voz; con argumentos y representaciones colectivas legítimas. Frente a la corporación que anula y subsume a cada quien en otras voluntades, precisamos constituirnos en individuos e individuos con derecho a proponer, analizar, dudar, pero sobre todo a optar y decidir. Si no caminamos en esa dirección ganará el partido del Estado u otro que represente la principal opción de gobierno, de quienes concentran más formas de dominio de clase, étnicas, de edad, de género, etcétera.

No es entonces equívoco convocar al encuentro de todos y todas quienes viven bajo diversas formas de opresión económica, social, jurídica y política, para articular una nueva práctica de la democracia que acerque a quienes están disgregados, a quienes están fragmentados en sus particularidades y no ven más allá que la imagen del poder y no escuchan sino la voz ajena que manda. Una democracia que articule las particularidades para superar el aislamiento y el exclusivismo.

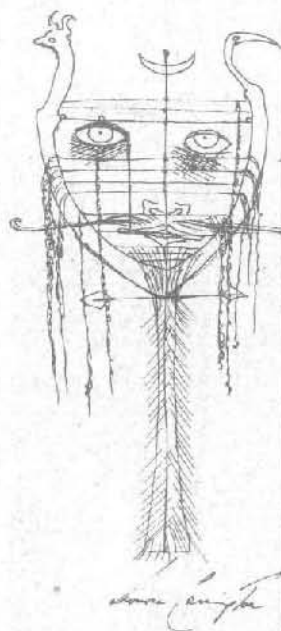
Nuestra propuesta democrática debe articular la transformación del régimen político con la del régimen social, y contribuir a hacer del ámbito público un espacio privilegiado de intervención organizada de la ciudadanía tendiente a la asunción de los grandes problemas nacionales de maneras autogestionarias. Nuestra concepción sobre la democracia busca ganar espacios para todas y todos, y de manera urgente para quienes han estado sujetos a exclusión. En esta opción democrá-

tica nadie puede ser perseguido, privado de su libertad o de su alimento.

Complejidad política

Lejos del desánimo que produce la fantasía de cambiar todo con el golpe del voto, la democracia implica la conciencia de la complejidad política, y la capacidad de asociar en nuestra subjetividad y en nuestra interpretación del mundo, fenómenos de suyo interconectados.

Mientras concibamos la democracia en pedacitos seremos derrotados/as a pedacitos. La democracia debe ser pensada como un modo de vida social, local, regional y nacional; debe sustentar la vida cotidiana de cada persona en este país y el contenido de todas las relaciones privadas y públicas. Imagino la democracia como el conjunto de acciones y maneras para desconstruir las formas de dominio que conocemos: sexismo, racismo, clasismo, etnicismo, adultismo, estatismo y todas las formas de autoritarismo. Por eso, además de desconstruirlos en cada quien y en la cultura, debemos encontrar las maneras para la reapropiación de los bienes reales y simbólicos por quienes han sido despojados/as de ellos: la paz, los cuerpos, la sexualidad, el pensamiento propio, los conocimientos, la afectividad vitalista, la salud, los derechos políticos, el trabajo, los productos elaborados—desde la tortilla, las herramientas, los libros, las máquinas, hasta las ideas y los votos—, y el disfrute de la vida.



La democracia se basa en el reconocimiento del dominio. Es el pacto social que conduce a poner límites a la dominación, a reducirla, a la vez que es camino para la construcción real y práctica de los derechos humanos de mujeres y hombres en sus diversas situaciones y posiciones reales.

Ver el mundo con mirada democrática implica no aislar la violencia armada y la explotación económica, de las formas sutiles de dominación de la conciencia y de los corazones: pasa por comprender lo común de la opresión a las mujeres, a niñas y niños, a los diversos pueblos mexicanos, a las opciones políticas, a todos y todas. Requerimos comprender que enfrentamos un sistema de dominación múltiple, simultánea y organizada, y reconocer que no es independiente la libertad política civil de la libertad personal de la vida privada. Que nuestro esfuerzo consiste en mostrar estas relaciones y transformar las prácticas individuales y colectivas; en hacer la crítica de la modernidad que se ha construido con exclusión y homogeneización.

Ser demócrata no consiste en luchar contra, en ser oposición, sino en ser de manera específica, en proponer, religar, agrupar coincidencias y acciones; significa aprender a disentir, a construir espacios legítimos para expresar las discrepancias y a dirimir las sin destrucción. Esta democracia pasa ineludiblemente por preservar la integridad de cada quien y construir los derechos humanos cotidianos.

Por la afirmación

La democracia ya no avanza con una cultura contestataria, sino con el despliegue de una cultura afirmativa, con acciones prácticas para vivir, con la construcción de las identidades y la consolidación de los derechos. Ser demócrata en México consiste en dejar de autoconceptualizarse de oposición y definir una autoidentidad política positiva, legítima, capaz de expresar el puente entre nuestra particularidad y la universalidad, para tener la capacidad civil de expresar y representar intereses comunes y diversos de personas y grupos semejantes y diferentes.

El pacto es el meollo de la democracia. Actuar democráticamente consiste en constituirse en pactante, en aceptar que no sólo desde la silla presidencial o desde las curules —aunque no estarían demás—, sino desde la suma de fuerzas que desean un sistema justo, es posible intervenir en el sentido del país, de la sociedad, del Estado.

Tal vez nuestra más profunda contribución sea desarrollar legitimidad para la libertad.

Todavía nuestra cultura política es ajena a la libertad. Aún nos causan admiración manifestaciones de autoritarismo, somos practicantes de contradictorios sectarismos y exclusivismos; ejercemos, como si nada, abusos domésticos maternos y paternos, laborales, amorosos, educativos, callejeros, militantes; con facilidad aprobamos corruptelas y el robo o la invisibilización del trabajo ajeno; nos congraciamos con la violencia y marginamos, discriminamos, aunque seamos al mismo tiempo excluidas/os marginadas/os y discriminadas/os por otras/os.

Los puentes entre el yo y los otros, entre la individualidad y la colectividad, entre la casa y la nación; entre la intimidad y la civilidad, entre los momentos electorales y todos aquellos que constituyen el andamiaje de la cotidianidad, deberán bordarse finito si deseamos hacer de esta tierra un sitio libre y pródigo.

La crítica de la cultura autoritaria que hemos maldado y delinea nuestro ser —que hace a cada quien concebirse a sí misma/o y concebir al otro/a y al mundo—, debe ser el objetivo movilizador fundamental. Si no transformamos nuestras mentalidades justificadoras de la expropiación de la libertad, no construiremos la justicia abarcadora, la igualdad en la diversidad y el derecho al bien vivir. Y de eso se trata.

Una cultura democrática no es sólo una cultura electoral, pero lo es; no es sólo una cultura participativa, crítica e inclusiva, pero lo es. Una cultura democrática se basa en la tolerancia y en la convivencia pacífica.

Fuente:

"Fantasía electoral y democracia libertaria", en *Doble Jornada*, septiembre 1994, México.

Condensado y editado por *Perspectivas*.

Marcela Lagarde, antropóloga y cientista política mexicana.

